

## **Las contradicciones de la economía moderna**

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

*Universidad de Navarra*  
2010

---

### ***Los postulados de la Revolución***

#### **Un futuro de bienestar**

La modernidad había introducido la idea de que el presente era algo transitorio y de algún modo irreal, el orden de la sociedad perfecta y definitiva estaba por venir. Había que olvidarse de las cosas concretas como eran en el presente, para preocuparse de alcanzar las propiedades de un sistema ideal y abstracto de relaciones entre las cosas y deseos, para lo cual era imprescindible comportarse de una determinada manera, ya fuese moverse por amor propio, o asegurando el uso óptimo de la labor y el logro de la máxima ganancia.

Cuando se alcanzara esa situación futura se daría un óptimo de bienestar y satisfacción, se acabarían las ineficiencias y las riquezas serían abundantes y bien repartidas. Solo entonces los precios serían los “adecuados” o los “naturales”, en el sentido de que no podrían ser de otro modo. No vendrían determinados por el derecho y la justicia sino por la estructura matemática de las relaciones posibles entre todos los hombres y todas las cosas. No serían una relación entre personas concretas capaces de determinar el “ius”, lo que corresponde a cada uno aquí y ahora, sino relaciones matemáticas entre cosas producidas del modo más eficiente.

Un planteamiento que implicaba una revolución. Si el presente era un “todavía no” que tendía inexorablemente a un futuro de plenitud de satisfacción y gozo lo racional era suprimir todos los falsos obstáculos levantados por la costumbre y los prejuicios. No solo no había que apoyarse en la experiencia acumulada, en la autoridad, la costumbre y la tradición, sino prescindir de ellas, lo importante era proceder cuanto antes a derribar todo lo que fuese barrera o resistencia a un futuro que se anunciaba como una situación definitiva de plenitud y satisfacción, donde el hombre por fin podría vivir en libertad y bienestar..

En lo sucesivo no podía ser la comunidad presente, tal como estaba constituida, con su modo correspondiente de entender el bien común, siempre mejorable, la que moderase la acción política y económica, sino que tendría que serlo o bien una idea abstracta de cómo tendría que ser las relaciones entre los hombres en un futuro, según el diseño de una mente separada de la realidad de las cosas, o bien la supuesta dinámica de unas fuerzas naturales que manejaba a los hombres como si fuesen marionetas, la “mano invisible” de un déspota benevolente oculta bajo un proceso tan extremadamente complejo que resultaba inabarcable para la mente humana.

En ambos casos esa marcha hacia el orden social perfecto sería resultado de un poder absoluto, humano o no, único capaz de superar toda resistencia consciente o inconsciente a lo que de algún modo se consideraba inevitable. En lo sucesivo no se admitiría que cualquier hombre, por el mero hecho de serlo, tuviese el mismo nivel de discernimiento que el gobernante. Se había impuesto la idea de que el hombre era corrupto o miope y solo podría ser gobernado desde fuera, sometido a la visión de una mente superior o a la mecánica de las pasiones.

De este modo se produciría un desplazamiento desde el consumo, que es lo propio del presente, del aquí y ahora, hacía la producción, que es lo propio del futuro, de lo que se espera alcanzar, y se considera mejor que lo presente. Todo se movería bajo el ímpetu de tener más. Esa lógica crematística conllevaba la inevitable destrucción del orden presente. Por otro lado en lugar de prestar atención a cada hombre en concreto, aquí y ahora, con vistas a darle lo suyo, lo que corresponde, la atención se desplaza a la totalidad del sistema, al modo de organizar la producción con vistas a un resultado total, al montante de riqueza que se puede producir o a la cantidad de mano de obra que se puede emplear.

La conjunción de esta filosofía con la situación social y política de la Francia de finales del siglo XVIII hizo que se produjera el “momento revolucionario”, cuando unos pocos iluminados llegaron al convencimiento que sería posible dominar los caprichos de la Fortuna y conseguir que de una vez por todas la historia marchara de modo seguro y definitivo hacia un futuro feliz de bienestar y cultura. Establecer un *novo ordo saeculorum*. Un nuevo orden social ajustado a un conocimiento cierto y seguro, regido por un gobierno científico.

Desde hacía más de dos siglos la monarquía francesa se había ido convirtiendo en un poder absoluto y centralizado. Casi todas las decisiones de una cierta importancia se habían trasladado a la corte del monarca, de este modo y por paradójico que pueda parecer había surgido un gobierno cada vez más despersonalizado. Entre el individuo y el soberano absoluto se había interpuesto una máquina burocrática cada vez más extensa, más alejada de la realidad de los problemas.

El gobierno de las personas se había ido transformando poco a poco en administración de cosas; los decretos habían pasado a remplazar a las leyes, pero lo que era peor, el sistema había quedado inundado por la corrupción, las decisiones se tomaban en función de los intereses de los más poderosos, lo cual había desatado una lucha por hacerse o interferir en los mecanismos del poder.

Un gobierno centralizado y burocrático pensaba que el único modo de gobernar de modo eficiente y por encima de la corrupción era lograr una visión panóptica que le permitiera tener información fiable y casi instantánea de lo que ocurría en el último lugar de la nación. Se veía obligado a reclamar de información de forma incesante con el pretexto de elaborar una representación objetiva y fiable de la realidad. Un gobierno que pretendía conocer con detalle lo particular. Se pensaba que todos los problemas se resolverían con una mejor información, lo cual requiere un crecimiento incesante del aparato burocrático, de la administración, y un aumento también incesante de las necesidades de financiación. De hecho el problema financiero había pasado a ser uno de los problemas más serio con el que se enfrentaba la monarquía francesa.

El nuevo poder absoluto y centralizado pretendía una visión geométrica y abstracta de la realidad, algo que se correspondía con la filosofía de Descartes, según la cual una mente pensante impondría a orden a una realidad externa desarticulada. Una mentalidad geométrica y ordenancista que se permitía trazar caminos rectos sin respetar la propiedad de nadie, y arrasando con costumbres y derechos comunales que desde siempre habían sido una eficaz barrera contra la arbitrariedad de ese tipo de ejercicio del poder. Se iba así afianzando una actitud de desprecio a lo que se consideraba “derechos de los muertos” en nombre de una mejora impuesta desde fuera, que era el mejor modo de acabar con el “derecho de los vivos”, y preparar el terreno para que se desencadenara la violencia y el caos revolucionario.

En esos siglos los impuestos en Francia se fijaban y se recogían de manera arbitraria e injusta. No se tenía la más remota idea de cómo afectaban a las conductas política y económicas de los súbditos. A veces antes la urgencia de las necesidades de financiar la guerra y con el objetivo de recaudar la mayor cantidad posible en el menor tiempo se recurría a procedimientos contraproducentes. Para evitar la defraudación en vez de ajustar los impuestos a la realidad de las cosas se pretendía controlarlo todo, tener información de todo lo que pasaba, poner trabas a la circulación de mercancías, impedir la libre iniciativa para el desarrollo de actividades comerciales y productivas, etc. De ese modo se recaudaba poco, se desalentaba la producción, se fomentaba el engaño y el fraude, lo que como reacción provocaba un ejercicio arbitrario y contraproducente de la violencia, llegando a la pena de muerte.

La insuficiencia crónica de la recaudación impedía hacer frente a los gastos siempre creciente de la guerra, con lo que el Estado se veía obligado a endeudarse por encima de los ingresos esperados. El resultado era que el pago de los intereses de la deuda se convertía en una verdadera lotería, en algunas ocasiones en el sentido estricto del término. Por otro lado, los prestamistas, ante el riesgo en que se veían obligados a incurrir, exigían unas tasas verdaderamente usurarias.

Se podría decir que el nacimiento del Estado moderno se llevaría a cabo mediante guerras contra los enemigos de fuera, y en guerra fiscal contra los propios súbditos, de modo especial a los que llevaban adelante la actividad productiva, a los que se les empobrecía y se les ponía cada vez más difícil llevar adelante su cometido.

El resultado era que una capa de la población cada vez más amplia clamaba por una reforma en el modo de llevar adelante la recaudación de impuestos por parte del Estado. Se reclamaba

sobre todo una mayor libertad política, que se pusiera freno a la tiranía y arbitrariedad de un poder político absoluto centralizado y desconocedor de los problemas reales.

Solo en este marco social y político se puede entender el papel que los fisiócratas estaban llamados a desempeñar en el desencadenarse de la Revolución. Nunca estuvieron contra la idea del Estado, sino que eran declarados partidarios del ejercicio absoluto y centralizado del poder, único modo de llevar adelante sus planteamientos ideológicos. Lo que lamentaban no era la existencia de un poder absoluto sino que no fuera ejercido de modo científico, que no se aprovechara para aplicar las leyes necesarias e inevitables del orden natural. No pretendían eliminar el poder del soberano sino más bien convertirlo en lo que juzgaban un verdadero Estado, un sistema racional o científico de gobierno, que no dependiese ni de las decisiones arbitrarias de la persona del soberano, ni de sus oficiales y funcionarios, sino de una nueva ciencia, la Estadística, que a partir de la recolección sistemática y bien planificada datos, y de acuerdo a leyes universales y necesarias, permitiera tomar decisiones frutos del cálculo de cual serían las repercusiones en el bienestar de toda la sociedad francesa. Pensaban que solo así se podría acabar con el descontento generalizado, cuando las gentes experimentaran las ventajas del gobierno científico ese problema desaparecería.

## **El problema de la voluntad general**

La Revolución se había desencadenado bajo la aspiración de que en adelante ningún hombre estuviera sometido a la voluntad arbitraria de otro hombre. Por otro lado como para llevar adelante ese objetivo se creía imprescindible el recurso al poder absoluto, resultaba que entonces de modo inevitable ese poder debería ser expresión de la voluntad de todos los ciudadanos. Solo así cada uno se obedecería así mismo, todos serían soberanos, libres e iguales.

¿Cómo se podía lograr que el mismo individuo fuese al mismo tiempo soberano y súbdito? La solución vendría mediante la introducción del concepto de “pueblo”, una entidad abstracta y prepolítica, un conjunto de individuos en “estado natural”, situados más allá de la historia, que sería erigido en sujeto único del poder absoluto. Solo al “pueblo” tenía el poder absoluto de reiniciar la historia y reconstruir la sociedad cuantas veces le pareciera oportuno. Podría dotarse de una nueva constitución y decidir cuando debería cambiarla. De este modo el principio de la revolución continua pasaba a ser el fundamento de la teoría política.

A través del concepto del “pueblo” se pretendía armonizar dos realidades incompatibles: la idea de sociedad como conjunto de individuos dotados todos ellos de voluntad autónoma y la idea de un Estado dotado de poder absoluto que lo ejercería en nombre de una supuesta “voluntad general”. El objetivo que se perseguía era que la unidad y eficacia del poder del Estado resultara compatible con la libre voluntad de los individuos.

La Revolución, al menos en sus primeros momentos, había sido vista por muchos como un modo de llevar a cabo una distribución más justa de la carga impositiva. En el momento que se introdujo el concepto de pueblo y de voluntad general, el problema de la distribución de las riquezas, y el modo de remediar la extrema necesidad de los pobres, la llamada “cuestión social”, pasaría a primer plano dejando de lado el intento de recuperación de la iniciativa

política. Lograr el bienestar económico del pueblo pasaría a ser el modo revolucionario de entender la política.

Si la “voluntad general”, la participación igualitaria de todos los individuos en el poder, se había tomado como fundamento de la acción política, del mismo modo se debía proceder a igualar las cargas de la financiación de ese poder, para lo cual había que acabar primero con el reparto desigual de la riqueza entre todos.

Si el fundamento del poder del Estado moderno se había puesto en el logro de una situación ideal en la que la riqueza fuera abundante y repartida de modo igualitario, si además su legitimidad se apoyaba en la constrictión de la voluntad general de los ciudadanos, parecía inevitable llegar a la conclusión de que la acción política tenía que tener como objetivo el logro de la igualdad económica entre los individuos.

En el momento en que Robespierre declaró que todo lo necesario para conservar la vida debía ser considerado común, y solo el excedente podría ser objeto de propiedad privada, se hizo patente que el poder del Estado revolucionario solo podía estar al servicio del bienestar del pueblo. En nombre del que se consideraba el más irrefragable de todos los títulos, las necesidades del pueblo, la propiedad debía quedar sometida a la “voluntad general”. Una vez colocada la necesidad como fundamento del poder, la política resultaba inviable quedaba sometida a las fuerzas ciegas e incesantes del bienestar económico. A partir de ese momento, en nombre de las necesidades perentorias del pueblo se desencadenaría el terror, lo que llevaría al fracaso de la Revolución.

Iniciada bajo el deseo de la mayoría de poner freno a la tiranía de un poder absoluto, la revolución acabaría por sucumbir bajo la violencia desatada en nombre de un concepto tan abstracto y totalitario como la “felicidad del pueblo”. Ante un objetivo de ese tipo la política tuvo que retroceder, los derechos de los individuos tuvieron que ceder ante la violencia de la necesidad del pueblo que reclamaba su derecho al vestido, la alimentación, y a la reproducción de la especie. Se había impuesto la idea de que pobreza y libertad resultaban incompatibles.

En la explicación que Hume había elaborado del orden social, había sido sustituido el bien por el sentimiento de utilidad, de modo que el interés de cada uno había sido erigido en fundamento de la dinámica social. Rousseau, que no estaba de acuerdo con el planteamiento de Hume, había sustituido el bien por el sentimiento colectivo de compasión, de modo que en su opinión el interés colectivo, expresión de la “voluntad general”, tenía que ser el fundamento de la dinámica social.

Para Rousseau la “voluntad general” solo podía ser la manifestación del interés colectivo, surgido no de la inteligencia política sino del sentimiento de mutua compasión. Algo necesariamente violento, que necesitaba de un enemigo que alimentara y mantuviera vivo ese sentimiento. Ese enemigo no podía ser otro que el interés particular de cada uno.

Solo los sentimientos colectivos, la compasión por los sufrimientos de los pobres, podían lograr una “voluntad general”, ajena a toda deliberación y discrepancia, sería el nuevo vínculo moral de la unidad política de todos los hombres. Pero si el bien es sustituido por la bondad,

por sentimientos de compasión, en el centro de la política se está poniendo una “fuerza de la naturaleza” que actúa con violencia extrema, pues no es capaz de atender a razones. Detrás del terror desencadenado por Robespierre estaba el hecho, propuesto por Rousseau, de situar la compasión como la base de la acción política.

El problema era que como consecuencia inevitable la propiedad solo podría ser justificada en nombre de un bienestar general, que siempre estaría por venir, expresión de la auténtica “voluntad general”, del logro definitivo del interés general. La propiedad quedaba en suspenso a la espera del ansiado momento en el que por fin, la pobreza de una vez por todas, dejaría de ser inherente a la condición humana. La libertad mientras tanto podía esperar, ya llegaría su momento, una vez que se diera solución al problema de la pobreza.

### **Democracia y crematística.**

¿Cómo hacer compatible el principio democrático que estaba detrás de la voluntad general con la eficiencia en la creación de las riquezas? ¿Cómo hacer compatible el interés particular, que Hume había identificado como fuente de creación de riqueza, con el interés colectivo, que constituía para Rousseau el vínculo fundamental de la justicia política? El fracaso del Terror hacía urgente buscar otra respuesta a estas preguntas. Esta sería la principal preocupación de Condorcet (1743-1794), ver si era posible el diseño científico de una voluntad general que no impidiera la creación de riquezas.

La clave era estudiar los procesos democráticos de toma de decisión mediante votos en el seno de asambleas populares. Había que demostrar que en esos procesos, donde se entrelazaban intereses privados y colectivos, llevaban a decisiones óptimas desde el punto de vista de todos los participantes.

Para estudiar estos procesos diseñó un modelo basados en tanteos *- tâtonnement-* por parte de los individuos implicados, que suponía contrastaba los beneficios de cada solución con su correspondiente coste. Pronto se daría cuenta de lo increíblemente enrevesados y complejos que eran los procesos de toma de decisión colectiva, por lo que se mostraría cada más cauto a la hora de afirmar que se les pudiera dar una solución científica. De modo que más que establecer verdades apodócticas, demostradas de modo matemático, había que inclinarse por estudiar si la decisión estaba entre las que más posibilidad tenía de ser certeras.

Como las convicciones de los individuos eran muy diversas, inseguras, cambiantes y con frecuencia equivocados, el logro de ese objetivo no era nada sencillo. El logro de decisiones acertadas dependía de la distribución de las opiniones individuales, a no ser que se tratase de “gentes muy ilustradas”.

Desde un punto de vista muy general era indudable que los precios y las cantidades de los diferentes mercados estaban relacionados los unos con los otros, y tienden a una situación de equilibrio. Condorcet se propuso estudiar como un sistema basado en una multitud de decisiones descentralizadas, que se guían por un principio de obtención de máximos y mínimos, y se realizan en condiciones de plena libertad e igualdad, era capaz de alcanzar un máximo social de riqueza y satisfacción social. De ningún modo se le pasaba por la cabeza que

los precios fuesen fijados por una decisión administrativa centralizada. Sería a través de la libre competición por vender y comprar, siguiendo el “curso natural del comercio”, como ese equilibrio podía ser establecido. Usaba la metáfora de los individuos como “jugadores” que constituyen la sociedad llevando a cabo un “juego” que se “repite un número indefinido de veces”.

Para mejorar la situación presente, y llegar a un justo orden comercial, había que contar con el paso del tiempo. Confiar en la bondad natural del individuo, en las posibilidades indefinidas de progreso moral del género humano, apoyada en el inevitable del progreso de las ciencias y las técnicas. El progreso, tanto moral como científico y técnico, era acumulativo e imparable, basado en la habilidad del hombre para ordenar sus ideas y sensaciones. Los individuos eran influenciados por las costumbres y por la reflexión.

Llegaría un momento en que en la sociedad todo sería más visible y controlable, más permanente y duradero. Se daría el progreso por excelencia, la prolongación casi indefinida de la vida humana, la abolición definitiva de la enfermedad. Un verdadero fin de la historia, a partir del cual no tendrían sentido instituciones como la familia, la propiedad, y la herencia.

Sería posible establecer una rigurosa teoría de las ciencias sociales, que estableciera, de una vez por todas, los principios de asociación política y social. Una ciencia basada en hechos, experimentos, razonamientos, y cálculos, algo así como unas matemáticas de las elecciones sociales, de modo especial a través de la aplicación del cálculo de probabilidades. De este modo el orden social sería un “equilibrio general” de los intereses de los individuos, una situación que se correspondería con la “voluntad general”, con una distribución de riquezas que proporcionaría el máximo bienestar, y traería consigo la máxima libertad para todos y cada uno de los individuos.

Condorcet no dudaba de que no sería difícil prever con toda precisión la historia, social, política, y económica, el porvenir de la humanidad en los próximos siglos, algo que en el fondo sería un problema de cálculo. Pero no dejaba de darse de las dificultades que se planteaban. Requería tener presente las decisiones de todos los individuos, no solo de los que viven en el presente, sino de los que vivirán en el futuro, lo cual representaba una cantidad de información, que resultaba abrumadora. Aún suponiendo que esa información pudiera recolectarse, y que existiese una memoria capaz de almacenarla, no parecía posible que existiese una mente capaz de manejarla con vistas a llevar a cabo un cálculo, a un resultado finito.

No obstante, con una fe en el progreso típica de la mentalidad de la época, Condorcet consideraba esas limitaciones como un problema transitorio. Llegaría un momento en que con el desarrollo de las ciencias ese cálculo sería realizable. De una manera propia de todos los que se han propuesto intentos constructivistas del orden social estaba convencido de que una completa y perfecta visualización de los intereses de todos los individuos, tanto presentes como futuros, era algo que sería perfectamente posible.

No se podía dar por supuesto que todos los individuos fuesen capaces de expresar con toda precisión, y *a priori* sus intereses, a lo largo de su vida. Admitiendo que eso fuera posible, porque nadie trataría de sacar ventaja de ese conocimiento de lo que pretendían los demás. Para

que el cálculo diseñado por Condorcet pudiera funcionar no sólo todos los individuos debían disponer de mentes capaces de manejar cantidades ingentes de datos a velocidad infinita sino que además debían ser de una honradez a toda prueba.

Cabía además la posibilidad de que cada individuo cambiara su decisión en función de lo que hicieran los demás, con lo que se pondría en marcha una cadena interminable de acciones y reacciones que haría inviable cualquier decisión.

A la vista de la incapacidad de la matemática para resolver este problema, Condorcet se propuso enfocarlo desde un punto de vista dialéctico, que consideraba una especie de alternativa teórica al concepto clásico de práctica política. El equilibrio no sería alcanzado mediante cálculo, sino mediante lo que llamaba una “suave y lenta discusión”, que de modo gradual iría llevando a una compatibilidad cada vez mayor de los intereses de todos los individuos. De este modo Condorcet se inclinaba a pensar que sería el proceso de competencia el camino para que todos pudiesen poner de manifiesto sus intereses, hacer valer sus poderes, y asegurar un proceso de correcta formación de precios, lo que correspondería a una distribución igualitaria de poder. En su opinión, la competencia sería la expresión de los distintos pareceres, parte fundamental del proceso democrático. De modo parecido a como el desarrollo del debate público permitía a los individuos expresar sus ideas y opiniones, el fomento de la competencia de mercado permitiría que los individuos pudieran poner de manifiesto sus deseos y necesidades. Una competencia cada vez más perfecta, con mayor igualdad de poder de los individuos, acabaría por asegurar la correcta formación de precios, lo cual a su vez contribuiría al desarrollo de una democracia cada vez más perfecta.

## ***La crisis de la “mano invisible”***

### **La dimensión política de la economía**

Las consecuencias sociales y políticas de la Revolución causaron un gran impacto entre los británicos. Provocaría una revisión de los supuestos de partida del modo de entender el orden social, especialmente de los de Adam Smith, que tanto habían influido en el modo de pensar de los inspiradores ideológicos de la revolución. En lo que sigue vamos a estudiar algunas de estas revisiones, en concreto las llevadas a cabo por Malthus, Ricardo y Bentham.

Los revolucionarios se habían equivocado al tomar como punto de partida del orden social un individuo abstracto, desconectado de la historia y la cultura de cada país, más allá de las instituciones recibidas por tradición. Siguiendo a Hume se insistía en que no existía el “hombre” en cuanto tal, como algo natural, previo a toda sociedad, idéntico e indistinguible. Ni existían unos supuestos derechos absolutos, atribuibles a todos los individuos, anteriores a la costumbre y la ley. Ese modo de entender los derechos era simple especulación teórica. Los derechos surgían del entrelazarse de la naturaleza con la historia.

El orden social no podía ser revolucionario sino que se basaba en el mantenimiento de un *statu quo*, de una distribución de la propiedad y del trabajo vigente en cada país, en cada momento, fruto de la historia. De ningún modo se podía sostener que cada hombre tenía derecho al propio sustento, y que la propiedad debía orientarse a un futuro de igualdad y



bienestar, pues eso como se había podido comprobar era lo mismo que proclamar su disolución. El origen de la propiedad se ocultaba bajo el velo de la irreversibilidad de la naturaleza y de la historia, lo que impedía que se convirtiera en algo arbitrario e inseguro.

Los derechos de propiedad se apoyaban en la prescripción, en el paso del tiempo que legitimaba la posesión, lo que en sus orígenes puede que no hubiese sido legítimo. El hecho de que la constitución inglesa reconociese los prejuicios y la prescripción, sabiduría escondida en la naturaleza y la historia, era la que estaba detrás de su indudable éxito político, económico y militar.

Esta postura era la que defendía el mantenimiento del "status quo" británico establecido un siglo antes mediante la llamada "gloriosa revolución británica", un pacto entre la nueva dinastía y la pujante aristocracia comercial británica que había otorgado a esta última el monopolio del control político a través del parlamento.

No obstante, a partir del indudable éxito de la política militar y económica británica del siglo XVIII, dentro del país aumentaba la insatisfacción y el descontento por parte de los pobres, los que habían quedado excluidos de ese pacto. Por lo pronto aunque el comercio y la manufactura no había parado de crecer, que eran donde estaban los intereses de la aristocracia comercial y urbana, el precio del trigo no había cesado de subir, y escaseaba en muchas partes, lo que no cesaba de provocar graves motines y desordenes sociales que, en muchos casos fueron sofocados a sangre y fuego.

Había algunos británicos, como Payne y Goodwin, que proponían seguir los ideales de los revolucionarios, llevar a cabo un sistema de reforma social, que incluía el recurso al Estado para realizar una nueva y más igualitaria distribución de las riquezas.

## **El gobierno de la economía.**

Thomas Robert Malthus (1766-1834) se propuso demostrar la necesidad de que la economía fuese gobernada por una estructura política como la existente en la Inglaterra de su tiempo.

Quería demostrar que Smith se había equivocado al afirmar que el mecanismo de la mano invisible por sí solo podía resolver el problema de los pobres, lo que los franceses llamaban "cuestión social", una utopía que era lo que había desencadenado el baño de sangre en que había desembocado la Revolución.

Pero pretendía una demostración científica, lo que entonces, en el lenguaje de Hume, se llamaba una demostración basada en leyes naturales necesarias, como las de la gravitación universal usadas por Newton. No pretendía que su defensa del status quo diera la impresión de una apología, que era lo que había hecho Burke, sino que eran resultado de una desapasionada investigación de los fenómenos de la Naturaleza. Quería presentarlos como conclusiones objetivas, obtenidas de modo científico, que se limitaba a ponerlas a la consideración pública. No se trataba de lanzar una condena política de proyectos de reforma social, como los propuestos por Payne y Goodwin, sino demostrar que eran "científicamente" inviables, es decir, que se oponían a las leyes de la naturaleza.

Smith no había caído cuenta de que la continua extensión de la división del trabajo, consecuencia de la incesante inversión de las ganancias en nuevo capital, aumentaba mucho la producción de manufacturas, pero no conllevaba un aumento en la misma proporción de los bienes de subsistencia, imprescindible para el mantenimiento de los obreros, a lo cual destinaban la casi totalidad de los salarios. La extensión de la división del trabajo hacía crecer la industria pero no la agricultura, por lo que inevitablemente llevaba a un desequilibrio entre una oferta de alimentos bastante fija, y una demanda que no paraba de crecer. La continua expansión de la división del trabajo, la acumulación de capital, no acabaría por sí misma con el problema de los pobres. Eso era lo que estaba detrás del aumento incesante del precio del trigo, así como de su escasez.

Pero Malthus, una vez realizado este diagnóstico, necesitaba apoyarlo en lo que entonces se entendía constituía un sólido argumento científico: en una ley de la naturaleza. Creyó encontrar esa ley en lo que de un modo muy pretencioso llamó "ley de la población". En realidad no se trataba más que de su afirmación, sin ningún fundamento empírico contrastable, de que mientras la población crecía de modo fácil y rápido, los alimentos lo hacían de modo difícil y lento.

El primer intento de justificación de esa supuesta ley de la población, lo extrajo de una especie de prejuicio puritano sobre la sexualidad humana. En su opinión el instinto del sexo, una fuerza natural indomable, que nunca desaparecería, no paraba de impulsar de modo ciego el crecimiento de la población. Mientras que la fecundidad de la tierra, que también era una fuerza natural, impulsaba la producción de alimentos de un modo mucho más lento. De modo que esa cicatería de la tierra actuaba como un freno puesto por la sabiduría de la naturaleza para impedir que la humanidad se aplastara a sí misma.

De acuerdo con el modo de pensar de Hume, también Malthus entendía por virtudes aquellas conductas que llevaban al bienestar de la sociedad, y por vicio aquellas que llevaban a la miseria, la insatisfacción y el descontento. No tiene pues nada de extraño que Malthus, convencido de la realidad de su "ley de la población", procediera entonces a una inversión de la tradicional valoración moral del aumento de la población y sus causas. Desde muy antiguo se había sostenido que el aumento de población producía riqueza; y que eran los vicios, la promiscuidad y los abortos, los causantes de la despoblación, de la depravación y la miseria. Con Malthus se empezaría a difundir la idea inaudita de que era el aumento de población, debido al vicio, al ciego y brutal impulso sexual, lo que provocaba la pobreza.

Resultaba patente que Smith se había equivocado, el problema de los pobres no tenía solución.

De ningún modo se podía asegurar que hubiese siempre equilibrio entre la oferta y la demanda, si se dejaba incontrolado el proceso de acumulación de capital impulsado por la división del trabajo. El simple incremento de la producción no generaba su propia demanda. La extensión de la división del trabajo daba lugar a una redistribución de la riqueza que generaba desajustes y escasez. La economía necesitaba ser gobernada ya que la mano invisible por si sola

no garantizaba que cada uno siguiendo su propio interés contribuyera sin pretenderlo al crecimiento del bienestar de todos.

Los obreros y capitalistas, esencia de la división del trabajo, no podían por si solos hacer frente al déficit de demanda provocada por el proceso de ahorro. Consumían menos de lo que producían; de modo que el balance entre la demanda y la oferta solo se podría alcanzar a través de otro grupo social, la de los terratenientes que consumen más que producen. Esta era la gran virtud social de los terratenientes empleaban labor no productiva para que les presten servicios de consumo. El impulso al consumo de bienes de lujo era la clave para lograr un crecimiento en equilibrio de toda la economía.

El progreso, aunque posible, no era ilimitado, ni se producía de modo espontáneo. Ni la población podía crecer de modo indefinido, ni estaba asegurada su armonía con el rendimiento de la tierra. Afirmar lo contrario constituía un cierto engaño y falsedad, era abrir expectativas de prosperidad material para las clases más bajas, que nunca llegarían a realizarse.

Para gobernar la marcha de la economía era necesario estudiar los límites y condiciones de crecimiento en equilibrio, prestar especial atención a las situaciones y las causas de desequilibrio, al desempleo y el estancamiento, así como el modo de resolver esos problemas y volver al equilibrio. Unos desajustes que no se resolverían de modo inmediato, y que tenían que ver con la compleja relación entre el proceso de formación del ahorro, y el modo en que se podía llevar adelante el proceso de división del trabajo.

Para Malthus la economía era un proceso inestable, que necesitaba del control político, por lo que su marcha debía ser enfocada desde el enfoque a corto plazo que era el de la demanda y el consumo realizado en cada momento. Eran los intercambios los que otorgaban utilidad y valor a las cosas, los que determinaban la distribución, la cantidad de labor comandada y la ganancia posible.

El enfoque a corto plazo veía la realidad tal como era en cada momento, tenía en cuenta las complicaciones del factor monetario, que afectado por la previsión del futuro podía perturbar la formación de los precios de equilibrio. Dar lugar, por ejemplo, debido a perturbaciones monetarias a corto plazo, a un volumen de ahorro excesivo. Le parecía altamente improbable que, utilizando la moneda, cada individuo pudiera ser capaz de consumir su propio producto. Dicho de otro modo; no estaba seguro que bajo esas condiciones la oferta de cada individuo fuese capaz de generar su propia demanda.

Siempre existirían pobres que tendrían que vivir de su trabajo, y ricos que vivirían de sus rentas. No había posibilidad alguna de eliminar estas diferencias. El nivel de salarios venía determinado por la razón existente entre la tasa de población y la de la cosecha de cada año, dos procesos regulados por principios naturales que escapaban al control humano. Intentar llevar el nivel de salarios por encima de ese nivel era desatar la acción terrible de la "ley de la población".

Estaba conforme con Smith en que de nada servían los subsidios establecidos por las “leyes de pobres”. A corto plazo evitaban el hambre y la miseria, pero a largo plazo, impedían que los pobres espabilaran, y se esforzaran en poner remedio a su situación. Los pobres no necesitaban subsidios monetarios, sino explicarles como funcionaban las virtudes utilitarias de la sociedad comercial, que era en esencia lo que daba apoyo a la “ley de la población”.

No estaba conforme en las críticas que Smith había dirigido a las “leyes de grano”, con las que se pretendía mantener estable el precio de los alimentos. En su opinión el mercado de los alimentos debía estar fuertemente regulado e intervenido, había que mantenerlos fuera de los vaivenes del mercado. Hacer todo lo posible para evitar los motines y revueltas que provocaban su escasez, y que en aquellos años habían sido muy frecuentes. Una caída en la producción de alimentos, tenía un fuerte impacto en el bienestar de los pobres, mientras que una disminución en los productos de artesanía sólo causaba leves inconvenientes. La compatibilidad entre riqueza y felicidad solo sería posible en una economía donde hubiera equilibrio entre la agricultura y la artesanía.

En un primer momento sostuvo que los efectos perniciosos del aumento de población eran conforme al enfoque cristiano. En su opinión, el hambre y las dificultades que experimentaban los hombres para conseguir alimentos era algo puesto por Dios para impulsar al trabajo y despertar el ingenio humano, para saca del estado de torpeza y desidia en que el pecado original había sumergido a los hombres. Algo que ponía de relieve que “Dios estaba continuamente ocupado en dar lugar a la mente a partir de la materia”.

Malthus pensaba haber modernizado el concepto de caridad cristiana, haberlo transformado en un presupuesto científico, o lo que es lo mismo, ajustado a una especie de utilitarismo teológico. La pobreza vendría provocada por falta de virtudes, en el sentido utilitarista del término. La caridad consistiría en enseñar a los pobres como funcionaba la “ley de la población”, para que tomaran conciencia del problema. Una postura que en poco tiempo llegaría a ser la postura oficial del pensamiento social de la confesión anglicana

Como los pobres eran gentes sin instrucción y muy impresionable, para que les llegara su mensaje, Malthus, como él mismo reconocía, había presentado su argumento de un modo excesivamente simplista y dramático, que rayaba en el engaño. Reconocía que esa exposición no era objetiva, ni tenía suficiente apoyo empírico, pero servía a sus objetivos ideológicos, pero que lo había hecho para causar un fuerte impacto en la opinión pública.

Todo se reducía a señalar que el crecimiento de la población se realizaba en forma exponencial, mientras que el crecimiento de los alimentos se realizaba en forma lineal. En consecuencia siempre que el tamaño de la población fuese mayor que lo permitido por la productividad de la tierra, se desataría un mecanismo natural de corrección. El hambre, la enfermedad y la muerte, se encargarían de reducir el tamaño de la población, hasta restaurar el equilibrio entre la población y la disposición de alimentos.

Consciente de todas esas exageraciones, y teniendo en cuenta las críticas recibidas, en un segundo momento, no solo suprimió la supuesta justificación cristiana de sus argumentos, sino que introdujo algunos cambios importantes en los fundamentos teóricos de su postura. Admitió

la posibilidad de una “restricción moral” como modo de evitar la puesta en marcha del mecanismo de la ley de la población.

El matrimonio y la familia quedaban reducidos a un remedio para frenar la concupiscencia y la promiscuidad, cerrado a la perfección humana, y a la santidad. Un puro instrumento al servicio de los intereses de los individuos. Hasta entonces se había considerado virtuoso casarse pronto, y criar a los hijos en el servicio de Dios y de los hombres. A partir de Malthus, ser virtuosos, para los pobres, sería retrasar el matrimonio, y evitar aquellos hijos que ni ellos, ni la sociedad, podría mantener.

Aunque había evitado una justificación teológica de sus argumentos, quedaba patente el uso instrumental que Malthus hacía del cristianismo. Con las restricciones morales los pobres podrían vivir dignamente, y contribuir al bienestar de todos, desarrollando virtudes utilitarias de prudencia, previsión, diligencia, laboriosidad, y sobriedad. No se produciría un crecimiento excesivo de los pobres, de todos aquellos que por no ser propietarios, necesitaban trabajar para mantenerse ellos y sus familias. Todo lo que les empujase a prescindir de esas restricciones morales religiosas, las promesas de un bienestar futuro inalcanzable, les llevaría a la pereza, la glotonería, la borrachera, los placeres sensuales, el exceso de población, y en último lugar a una mayor pobreza.

Si se suprimiesen instituciones, como la familia, la propiedad, y la herencia, como pretendían Condorcet y Godwin, se desataría el mecanismo natural de freno al crecimiento de la población, que llamaba “ley de la población”, y se causaría pobreza, miseria y degradación moral. Era una ingenuidad y una prueba de desconocimiento científico intentar suprimir, de una vez por todas, la pobreza.

De este modo lograba Malthus la completa naturalización, o despolitización, de la postura que defendían los *whigs*: defensa de la propiedad privada, de la labor asalariada, y la desigualdad social. El orden social que de esos principios se seguían era un sistema construido a partir de las leyes inevitables de la Naturaleza.

Si debido a una extensión excesiva de la división del trabajo, la tasa de crecimiento de la población empezaba a presionar sobre la tasa de los alimentos, aumentaría el precio de estos últimos, lo que llevaría a un alza de los salarios, con la consiguiente reducción de los beneficios, y desaparecerían, al menos temporalmente, los incentivos para proseguir adelante con la extensión de la división del trabajo. En tales circunstancias, cuando los pobres se quedasen sin trabajo, habría que proporcionarles empleo temporal, mediante la construcción de carreteras y obra pública. Lo cual no deja de ser contradictorio con su oposición de ayuda a los pobres.

Quedaba así a la vista otra de las incongruencias de Malthus. En los inicios de su carrera el problema, de acuerdo con la ley de la población, el peligro inmediato era la subproducción de alimentos en relación al tamaño de la población. En sus últimas revisiones del problema económico parece que el problema venía por el lado de la sobreproducción en relación al tamaño de la demanda. En lugar de un mundo en lucha contra la escasez aparecía un mundo desbordado por la abundancia. La mano de obra improductiva que, con anterioridad, había sido objeto de ataque como causante de vicio y desorden, surgía de nuevo como la clave para lograr la estabilidad del bienestar social.

## **La economía como sistema autónomo**

Para David Ricardo (1772-1823) la economía era un sistema que más allá de las instituciones de cada momento estaba movido por fuerzas que no dejaban de actuar, aún debajo de los vaivenes de las pasiones políticas, que tendían a un equilibrio. Estaba convencido que las leyes que regían el movimiento de ese sistema eran tan inalterables como las de la física de Newton. Por eso entendía que lo más importante era estudiar las leyes de ese sistema, con independencia de lo que en el plano de pugna política ocurriera en cada momento, en una situación en la que ese sistema, para unas instituciones dadas, hubiera alcanzado su equilibrio. Se hacía necesario adoptar un enfoque a largo plazo, cuando por fin hubieran cesado las interferencias de las luchas políticas.

Esa situación vendría determinada para cada país por factores naturales, como la extensión y capacidad de la tierra disponible, o el tamaño de la población; así como por factores institucionales, tales como el nivel de educación, la igualdad social y política, la habilidad comercial y manufacturera así como el volumen de capital acumulado.

El equilibrio se manifiesta en que el tamaño de la población es fijo, no hace falta poner en cultivo nuevas tierras. La producción total es la máxima posible, la que se logra haciendo el mejor uso posible de la mano de obra disponible. Se ha estabilizado el proceso de distribución del producto. La labor incorporada determina el valor de las cosas y los precios son estables, sin que haya posibilidades de ganancias transitorias.

Al adoptar este enfoque a largo plazo, estaba dando por supuesto que era la producción la que determinaba el consumo, en otras palabras, que en esa situación el intercambio incrementaba la utilidad de las cosas pero no determinaba su valor. En su opinión, solo se produciría lo que se deseaba consumir. Ricardo estaba convencido de que estudio de la economía debía plantearse desde la perspectiva de la producción. ¿Cómo debería estar organizado el proceso de producción, desde la perspectiva de la distribución, con vistas a la mayor cantidad posible de riqueza; supuestas una determinadas condiciones físicas e institucionales de un país? Lo que buscaba era un planteamiento normativo y teórico de la economía, un “deber ser” a largo plazo, donde no se tendría en cuenta el lado de la demanda, la perspectiva del consumo, de las decisiones de comprar y vender que cada día tomaban los individuos, sino el lado de la oferta, el modo en que se deberían organizar las cosas con vistas a la producción de la máxima riqueza posible. Desde esta perspectiva “productivista” y “cuatitativista”, el valor de las cosas sería la cantidad de labor necesaria para producirlas. La utilidad; aunque era condición para que las cosas tuvieran valor, no era lo que les daba

valor. Su idea era que se producen las cosas útiles, y que la labor empleada es lo que les otorga valor. De todas maneras, la labor empleada en producir una cosa inútil no valdría nada.

En esa situación de equilibrio estaría vigente un salario “natural”, correspondiente a un crecimiento nulo de la población, determinado por la proporción entre la población y volumen total de capital disponible. La renta sería fija y vendría determinada por la proporción entre la tierra y la población. El beneficio sería el residuo.

Ricardo se propuso a continuación elaborar un modelo abstracto de la economía en equilibrio estable, resultado de la acción de unas fuerzas de acuerdo a leyes fijas y estables, una vez eliminadas las pasiones y los intereses. De acuerdo con ese modelo la economía sería un conjunto de relaciones fijas y bien establecidas entre cantidades totales y abstractas, como la cantidad de tierra, la población, el volumen de capital, etc. A partir de ese modelo, podría hacer experimentos mentales, para determinar como quedaba afectada la cantidad máxima de producto global variando los otros parámetros del modelo.

A partir de modelo sería posible estudiar como se formaban las leyes que debían regir la distribución de la riqueza entre los tres grandes grupos sociales que contribuían a producirla, entre los terratenientes, los capitalistas y los obreros. Adam Smith se había preocupado del proceso de creación de la riqueza, sin prestar atención al hecho de como la cantidad de riqueza creada dependía del modo de distribuirla entre los que contribuían a producirla.

Con este modelo pretendía estudiar una economía en la que por fin se hubiera superado la corrupción institucional que sufría el país, conocida en la literatura de la época como la “vieja corrupción”, debida en gran parte al monopolio político que se había auto concedido la aristocracia propietaria, dejando fuera del sistema a los obreros, y en general a los no propietarios. Solo de ese modo se podría saber de que modo proponer las reformas que deberían llevarse a cabo, en los impuestos, el gasto público, el crédito y la moneda, etc.

La situación de la economía británica mejoraría si se acabara con ese monopolio de poder, si fuera mayor la igualdad económica y política entre todos los grupos sociales, para lo cual no había que tener miedo a conceder el derecho al voto a los obreros. Con medidas de este tipo se podría lograr que en el mercado estuvieran representados en plano de igualdad todos los intereses, y no solo los de una pequeña parte de la población, los más poderosos. Con esa mayor igualdad no solo se lograría una mayor libertad política, sino que también sería mayor eficiencia en el funcionamiento del mercado, dando lugar a un mayor bienestar para todos.

Ricardo consideraba importante acabar con la situación de miseria de los trabajadores, pero no con medidas paliativas e intervencionistas, como las “leyes de pobres”, o las “leyes de grano”, sino logrando, con medidas políticas constitucionales que les diera mayor presencia en el ámbito de las decisiones políticas. En este sentido, entendía que el mercado era una institución fundamental para lograr la coincidencia de los intereses particulares con el interés general. En su opinión mercado y democracia se apoyaban mutuamente.

Ricardo daba por supuesto que el correcto funcionamiento de la economía solo sería posible cuando estuviese libre de las interferencias de la lucha por el poder, cuando se ajustase a un cálculo objetivo y riguroso y no a planteamientos morales o políticos.

Contra los *whigs* sostenía Ricardo que el buen funcionamiento de la economía no requería de esa especie de protección política de los señores, que de hecho solo ocultaban privilegios económicos que se habían reservado para sí mismos. De ningún modo la existencia de esos privilegios eran imprescindibles para el “sistema de libertad natural”, sino más bien todo lo contrario. La propuesta de Ricardo era extender el principio democrático como medio de anular lo que entendía por política: la lucha por el control del poder por parte de grupos sociales, pequeños, pero poderosos.

Ricardo había observado en el comportamiento de la renta durante el bloque naval que Napoleón había sometido a las islas británicas. Ante la imposibilidad de importar grano se había producido un alza excepcional de su precio, y como consecuencia una fuerte subida de la renta de la tierra. Al acabar la guerra, los terratenientes habían tratado de mantener unas condiciones que les eran tan ventajosas, por lo que llevaron al parlamento una ley destinada a impedir la importación de grano. Una actitud que dejaba claro que la prosecución del propio interés solo era beneficiosa si se eliminaban los privilegios políticos de unos pocos.

Las rentas no eran debida ni a un uso más eficiente de la labor, ni a un cambio de las condiciones naturales de la tierra, sino a la necesidad de dedicar cada vez más cantidad de labor a una producción, la del trigo, cada vez menos eficiente. Como consecuencia del incremento incesante de la población había que poner en cultivo terrenos cada vez peores, y de más difícil acceso. El origen de la renta procedía del hecho de que el trigo, que tiene un solo precio de mercado, puede ser producido a distinto coste. Las tierras más pobres, las que solo se ponen en cultivo si hay gran escasez de trigo, requerían más labor para producir la misma cantidad de grano que en las tierras mejores, las que se cultivaban desde tiempo atrás. En resumen, la renta era debida a que para una cantidad fija de labor, las mejores tierras producen mucho más grano que las peores.

Smith se había equivocado al explicar la causa de la caída permanente de los beneficios. No era debida a la acumulación incesante de capital, que incrementaba cada vez más la dificultad para encontrarle colocación. Sino a la creciente dificultad para obtener cada vez más alimentos con los que mantener el creciente número de obreros necesarios para llevar delante la acumulación de capital. La acumulación de capital no haría bajar de modo permanente los beneficios, a no ser que existiese una causa permanente en el alza de los salarios. Podía suceder que, en un determinado momento, si la acumulación de capital se realizaba a un ritmo más rápido que el de aumento de la población hubiese un incremento de la competencia entre los capitalistas por conseguir la labor disponible, se generase una subida de los salarios, y una baja de los beneficios, pero, en cualquier caso sería una situación transitoria. La única causa de la caída permanente de los beneficios solo podía ser la tendencia permanente al incremento de la renta, debida, en último término a la ley de la población, a la presión de la población sobre los alimentos.



También a partir de la ley de la población, explicaría Ricardo la formación de los salarios. La tendencia continua de la población a crecer, provocaba un aumento incesante de la oferta de labor, que tendía a situarse por encima de las posibilidades de la demanda de puestos de trabajo. De este modo, la fuerte competencia por un puesto de trabajo hacía que la tasa salarial se mantuviera un nivel que se podría llamar de supervivencia.

Una vez establecidas las leyes de formación de la renta y del salario, Ricardo pudo establecer que el beneficio no sería más que el residuo del producto total, una vez descontada la renta, y los salarios. Siempre que hubiera que poner en cultivo tierras cada vez menos fértiles, el precio del grano iría subiendo cada vez más. Puesto que el grano era a los que los obreros dedicaban su salario, y no era físicamente posible bajar del nivel de subsistencia, serían los capitalistas los que tendrían que hacer frente a la inevitable subida de los salarios, reduciendo sus beneficios.

De este modo quedaba completo el entramado de lo que se podría llamar teoría de la distribución de Ricardo. La renta surgía con ocasión de un excedente diferencial entre los rendimientos de las tierras; los salarios serían resultado de un principio de subsistencia, y el beneficio sería un residuo. Las tres retribuciones se articulaban en lo que puede llamarse teorema fundamental de la teoría de la distribución: la existencia de una relación inversa entre salarios y beneficios; descontado las rentas.

Puede ahora apreciarse que la solución de Ricardo para resolver el problema de los pobres - la situación de los obreros- no era muy distinta de la de Malthus. La diferencia con este último era que no recurría a la restricción moral, sino que estaba convencido de que mediante la educación, la participación política, y una relativa mejora de los salarios, sería posible reducir considerablemente el tamaño de la población, y eliminar de este modo el problema.

No negaba que había cosas cuyo valor dependía solo de su escasez, de la intensidad de su demanda, pero eran pocas, como podían ser los vinos exquisitos, de cosechas muy reducidas, o las obras de arte, etc., y no muy importantes en relación a la producción total de una economía. Todo parece indicar que a Ricardo solo le interesaba el valor de aquellas cosas que podían multiplicarse a voluntad, lo que llamaríamos productos industriales, que requieren de cantidades crecientes de labor y capital. Un tipo de productos que dan empleo y salario a los pobres, y hacen posible el bienestar y riqueza a la sociedad.

Aunque Ricardo planteaba el valor por el lado de la producción, a largo plazo, eso no quiere decir que negara que, a corto plazo, la demanda pudiera influir en el precio o valor de una cosa. Pero no dejaba de pensar que siempre lo haría de modo transitorio.

Según el esquema heredado de Smith, la demanda se llevaba a cabo en términos monetarios, de modo que a corto plazo los intereses parciales trataban de manipular los precios a su favor, para obtener el máximo ingreso monetario posible, dando lugar al precio de mercado, pero en la medida que la competencia fuera mejorando, y se fueran eliminando trabas a la libertad de mercado, los precios a largo plazo tenderían a su nivel natural, cuando se llevaba a cabo el uso

más eficiente de la labor, y predominaba el interés general sobre el particular. En otras palabras, como en el corto plazo el ajuste se realizaba en términos monetarios, no en términos de trueque, el ajuste podía ser perturbado por el lado de la demanda, y no se alcanzaba el nivel natural o de equilibrio de los precios.

Consciente de esto, Ricardo prescindió del análisis del efecto de la demanda al corto plazo, cuando existen monopolios y otras formas de interferencia en el mercado, que le impiden funcionar adecuadamente. Lo que le interesaba era el largo plazo, cuando la economía hubiese alcanzado el equilibrio, insistió que el valor o precio de las cosas, en esas condiciones, dependía solo del lado de la oferta, de la producción.

Malthus acusaría a Ricardo de que su método era una pura abstracción, una simplificación excesiva, que adolecía de falta de realismo, y no tenía en cuenta “las cosas tal como eran”. Ricardo argumentaba que él prefería poner la atención en lo permanente, en lo que él consideraba principios inalterables de la ciencia económica. Sólo situándose en ese marco de referencia podría distinguir con objetividad lo permanente de lo transitorio.

Para Ricardo era lo ya sucedido lo que determinaba el funcionamiento de la economía.. El enfoque a largo simplificaba la realidad, suponía que la moneda se comportaba de modo neutral, y se podía considerar que se intercambian cosas por cosas, como si se tratase de una economía de trueque. Pensaba Ricardo que si se levantaba el velo monetario, todo se vería mejor, y la demanda y la oferta necesariamente coincidirían.

para Ricardo, que hacía abstracción de los factores monetarios, no había límites al empleo eficiente de cualquier volumen de capital disponible, ya que la demanda estaba solo limitada por el volumen de producción alcanzable. De ningún modo el ahorro podía ser excesivo, ni en ningún caso reducía el consumo. Siempre y necesariamente la producción generaba su propia demanda.

Posteriormente Ricardo refinó su teoría del valor. Se daba cuenta de que la labor participaba en el valor de las cosas de manera directa, como salarios, y de modo indirecto, como los salarios que se gastaron en su momento en la producción de maquinarias y herramientas. El valor de una cosa era por tanto su costo de producción, un concepto más amplio que incluía la remuneración del capital físico y de la labor. Además, para mayor complejidad, había que tener en cuenta la destrucción y depreciación del capital. Pero no vale la pena que nos detengamos en estos aspectos ya que no añaden nada sustancial al modo de pensar de Ricardo.

Asombrosamente Ricardo no se dio cuenta de que su teoría de la renta podía extenderse más allá del cultivo de la tierra. Por ejemplo, cuando un empresario decidía sustituir mano de obra por máquinas, creaba una ventaja diferencial en el modo de producir, respecto a los competidores, lo que le reportaba unas ganancias extraordinarias. Luego, copiado por los competidores, esa ventaja desaparecería.

Pero si se dio cuenta de que la sustitución de la labor por máquinas, desde el punto de vista de la “ley de la población”, tenía unos efectos equivalentes a un excedente de población, obreros que no hacían falta, que se quedaban sin empleo. A largo plazo, se produciría una disminución de la población, un descenso del precio del grano, y un descenso de la renta de la tierra. En cualquier caso no está claro, como sostenía Ricardo, que la introducción de las máquinas supusieran un uso más eficiente de la labor; sino más bien lo contrario. En cualquier caso, lo que si se deducía de todo esto es que eran los propietarios de singularidades irrepetibles, ya fuesen las mejores tierras, o las mejores máquinas, los que obtenían ventaja.

Todo apuntaba que la fuente del valor, no era el uso eficiente de la labor, sino algo más genérico, la aparición de ventajas diferenciales, en parte naturales, y en parte creadas artificialmente, que se condicionaban, y modificaban mutuamente. La riqueza de una nación tenía mucho que ver con la diversidad y complementariedad en los modos de hacer, algo siempre en cambio, que depende de la habilidad de los hombres, y de las circunstancias en que se encuentran. Mientras mayor fuese la complejidad y diversidad de las relaciones en el seno de una comunidad, mayor sería la complementariedad en los modos de hacer, y mayor la posibilidad de diferenciarse, de crear singularidad.

Ricardo, sin proponérselo, y en contra de lo que pensaban los radicales populares, había puesto de manifiesto, sin que él mismo tuviera conciencia de su descubrimiento, que no sería un reparto uniforme e igualitario, impuesto por un poder absoluto y centralizado, o a través de una “mano invisible”, lo que acabaría con la pobreza, sino la continua posibilidad de los hombres de ser ellos mismos, de singularizarse, de llevar a cabo modos diferenciales de hacer, para lo cual era necesario contar con una sociedad donde hubiera un gran respeto a la pluralidad y modos de hacer de todos. Algo que venía a revelar que la riqueza surgiría con mayor facilidad en una organización social donde no hubiese un poder absoluto, que centralizase y uniformase, sino donde el poder estuviese muy repartido en una multitud de comunidades, a las que se les respeta su capacidad de organización, y de relación entre ellas. Todo parecía indicar que no era la labor entendida como sustancia homogénea y natural, surgida del cuerpo de un individuo, la que creaba el valor, sino el trabajo entendido como articulación comunal de los modos de hacer de todos. Pero, a pesar de todo, Ricardo nunca se atrevió a discrepar abiertamente de las ideas de Smith y Locke de que el valor de las mercancías tenía que ver con la cantidad de labor que llevaban incorporadas.

Esta visión de la creación de la riqueza, como proceso de creación artificial de rentas, se pone más de manifiesto en el interesante estudio que llevaría a cabo Ricardo sobre las leyes del comercio internacional. Descubrió que el comercio se basaba en aprovechar ventajas relativas, en parte debidas a factores naturales, y en parte a factores institucionales. De tal modo, que cada país debería especializarse en aquello en lo que pudiera incrementar la ventaja natural de que disponía. Como era típico de Ricardo, solo le prestó atención al hecho de que, en su opinión, el resultado de ese comercio era un aumento de las cantidades disponibles. En un principio, supuesta perfecta libertad de comercio, si no hubiera restricciones de ningún tipo sobre todo clase de transacciones, el mundo alcanzaría un estado de mayor producción global para todos, llevada a cabo del modo más eficiente. Lo cual exigiría una especialización extrema, de tal modo que cada región se dedicase a producir aquello en que tuviese ventaja productiva.

Posteriormente, al tomar más conciencia de los condicionamientos institucionales, y por las mismas exigencias de la política de cada país, se dio cuenta Ricardo de que esa idea no podría llevarse al extremo. En realidad las ventajas estaban siempre cambiando, y no sólo dependían de factores naturales, sino de muchos otros aspectos circunstanciales, relativos, y extremadamente inestables. En otras palabras, que el bienestar de una nación no era un concepto abstracto que pudiese llevarse a un extremo, ni sólo había que tener en cuenta el punto de vista de la eficiencia. De algún modo Ricardo ponía en duda la idea del correcto y benéfico funcionamiento de la “mano invisible”.

## **El conflicto utilitarista entre individualismo y colectivismo**

Para Jeremy Bentham (1748-1832) la sociedad no estaba determinada por el simple paso del tiempo, por la costumbre, y el prejuicio, como pensaba Burke, ni era el resultado de un proyecto racional *a priori* con vistas a un supuesto futuro mejor.

No era resultado de un contrato entre individuos situados más allá de la historia, sino que, como había dicho Hume, era un proceso natural en marcha, que había existido desde tiempo inmemorial, y nunca cesaba de evolucionar, en un sentido o en otro.

Consideraba un error tratar de establecer de golpe, de una vez por todas, una estricta igualdad entre los miembros de una sociedad, había que aprender a manejar los recursos psicológicos y sociales sobre los que se constituyen la sociedad. Se trataba de operar sobre un proceso en marcha, con su propia dinámica, que configura los deseos e intenciones de los hombres de cada momento histórico. Solo así, poco a poco, sin violencia, se podría lograr una asignación de recursos más igualitaria, un mayor bienestar y libertad para todos.

Para llevar adelante una reforma social que fuese efectiva, duradera y sin traumas, se requería como paso previo llevar a cabo un estudio científico de cómo eran las leyes que gobernaban la marcha de ese proceso. Para eso había que estudiar la historia de cada sociedad, detectar los efectos y consecuencias de las distintas políticas y legislaciones seguidas con anterioridad. Solo a partir de ese estudio, combinando racionalidad con empirismo, novedad con costumbre, se podría elaborar un plan de actuación, sobre todo legislativo, que a partir de la situación efectiva de la sociedad en cada momento, pusiera en marcha las reformas posibles. Un cambio que sería llevado a cabo sin violencia, por medio de la persuasión y la educación, actuando sobre todo en la condición cultural y económica de las clases sociales menos favorecidas

La declaración de los derechos del hombre de 1789 había resultado inaplicable porque partía de una visión teórica y abstracta del individuo. Como el fracaso de la Revolución había demostrado no se podía reformar a los hombre por la fuerza. No solo era inútil sino que había desencadenado un baño de sangre y un empobrecimiento general. Para reformar a los hombres había que actuar sobre el proceso social una vez que se conociesen bien los mecanismos que configuraban las conductas promedios de los individuos.

Dentro de la tradición de Hume lo que se propuso Bentham fue estudiar con más detalle y atención el mecanismo de interacción entre el sentimiento de felicidad de los individuos y los

cambios introducidos en la estructura de la sociedad. Para eso se propuso diseñar algún tipo de medición empírica de las reacciones de los individuos a los cambios legislativos, y sobre todo a sus efectos económicos y políticos.

El individuo era considerado un mecanismo pasivo y reactivo, movido desde fuera por la combinación de pasiones directas e indirectas, que se reflejaba de modo empírico en su tendencia natural a la huída del dolor. Bentham estaba convencido de que tenía que existir una relación funcional estable entre las variaciones en el medio social y la reacción interna en cada individuo. Algo que se podía medir de modo empírico y que, con el paso del tiempo, cuando se dispusiera de datos suficientes sería susceptible de formulación matemática. Llegaría un momento en que sería posible predecir los estados mentales de los individuos en función de los condicionamientos sociales externos.

Como él mismo reconocía en la mayoría de los casos ese tipo de mediciones no eran posibles y cuando lo eran, no se podía asegurar que fueran exactas y rigurosas. A pesar de eso insistía en que siempre sería posible algún tipo de medida de la satisfacción que experimentaba cada individuo frente a la cantidad de bienes externos que estaban a su alcance, lo que consideraba un instrumento básico para establecer un concepto objetivo de la felicidad. Por lo menos, sostenía que nadie podría negarse a reconocer que todos experimentamos una reacción, en términos de mayor o menor satisfacción, según la cantidad de bienes de que disponemos. La insistencia de Bentham se explica por el hecho de que la existencia de ese mecanismo era clave a la hora de llevar adelante su propuesta de reforma científica de la sociedad, pues solo así sería posible medir con objetividad y rigor el grado de satisfacción de cada individuo ante los diversos cambios inducidos en su entorno social

Quedaba claro que para Bentham el individuo no era una realidad abstracta, dotado de una naturaleza fija e inalterable, sino una realidad empírica surgida de la misma evolución del proceso social, moldeado por las costumbres y prejuicios del pasado, que por eso mismo sería moldeable, contando con el tiempo, con vistas a un futuro de mayor bienestar. En ningún caso había que proceder por imposición violenta de leyes arbitrarias, pretendiendo resultados inmediatos, sino actuando desde dentro del curso temporal de los procesos sociales, manipulando los mecanismos de equilibrio y estabilidad de cada individuo y de la entera sociedad.

El orden social óptimo sería aquel en el que se lograra la mayor felicidad para el mayor número, que constituía así como el lema de campaña lanzado por Bentham para llevar a cabo su plan de reforma social. Algo que solo sería alcanzable de modo científico si se daba por supuesto que la felicidad de cada individuo vendría a ser la suma de los mayores placeres posibles que pudiera experimentar, paso imprescindible para llegar a la conclusión de que la felicidad de la sociedad sería la suma de los mayores placeres posibles para el mayor número de los individuos.

Un enfoque metodológico que planteaba problemas nada sencillo de resolver. Por un lado los placeres y dolores de los individuos tenían que ser necesariamente subjetivos, pues en caso contrario no habría sujeto ni tampoco libertad, sino que solo habría el determinismo de un proceso que para nada tenía en cuenta las opiniones de los individuos. Pero en tal caso nada

podía asegurar que los placeres de los individuos fuesen homogéneos, por lo que de ningún modo se podía proceder a agregarlos para dar lugar al placer de toda la sociedad. No había modo de explicar como se podría pasar desde la subjetividad de la felicidad de cada individuo a la objetividad de una felicidad colectiva. Bentham no fue muy consciente de esta dificultad nada despreciable, y dio por descontado que de un modo u otro siempre sería posible algún procedimiento para llevar a cabo la conmensurabilidad de los placeres subjetivos de los individuos. Se puede decir que de algún modo no le quedaba más remedio que adoptar esa postura, en caso contrario su programa de reforma social metódica y gradual se convertía en pura utopía.

A partir del naturalismo escéptico de Hume, Bentham se había propuesto construir un utilitarismo evolutivo que permitiera llevar a cabo una reforma social. En otras palabras, hacer algo parecido a lo que ya había intentado Smith, dotar de finalidad a la mecánica de pasiones que estaba en la base de la idea que tenía Hume de la sociedad. Pero, mientras para este último la razón era esclava de las pasiones, incapaz de erigirse en su juez, para Bentham la razón podía ordenarlas. Algo que nunca pudo explicar.

Tampoco pudo nunca proporcionar una explicación satisfactoria de cómo el supuesto de que los individuos se mueven por su propio placer podía ser extendido a la sociedad como un todo. Algo que contrastaba con la postura escéptica de Hume, que ni siquiera se atrevía a garantizar la identidad del sujeto, de modo que dudaba que bajo una misma identidad hubiese un solo individuo, sino una sucesión de estados interiores desconectados entre si.

## ***Bibliografía***

Aftalion, Florin. *The French Revolution. An economic interpretation*. Cambridge. Cambridge University Press. 1990.

Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza. 1988.

Baker, Keith. *Condorcet: From Natural Philosophy to Social Mathematics*. Chicago: Chicago University Press; 1975.

Bonar, James. *Philosophy and Political Economy in Some of their Historical Relations*. Londres: George Allen; 1922.

Diz-Lois, Cristina. *La Revolución francesa. Ocho estudios para entenderla*. Pamplona: Eunsa; 1990.

Dixon, William. *Ricardo: economic thought and social order*. *Journal of the History of Economic Thought*. 2008; 30(2):235-253.

Halevy, Elie. *The Growth of Philosophical Radicalism*. London, Faber and Faber; 1972.

Hampson, Norman. *Historia Social de la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza Editorial; 1963.

Heavner, Eric K. *Malthus and the secularization of political ideology*. History of Political Thought. 1996, 17(3):408-430.

Hicks, John Richard and Hollander, Samuel. *Mr Ricardo and the Moderns*. Quarterly Journal of Economics. 1977. 91(3):351-370.

Hollander, Samuel. *La economía de David Ricardo*. Mexico. FCE. 1988.

Hollander, Samuel. *The Reception of Ricardian Economics*. Oxford Economic Papers. 1977. 29:221-257.

Löwith, Karl. *Meaning in History. The Theological Implications of the Philosophy of History*. Chicago: The University of Chicago Press; 1949.

Malthus, Thomas Robert. *Primer ensayo sobre la población*. Madrid. Alianza editorial. 1993.

McNally, D. *Political Economy to the Fore: Burke, Malthus and the Whig response to popular radicalism in the age of the French revolution*. History of Political Thought. 2000; 21(3):427-447.

McNally, David. *Against the Market. Political Economy, Market Socialism and the Marxist Critique*. London: Verso; 1993.

Milgate, M and Stimson, S. *Ricardo's Politics*. Princeton. Princeton University Press. 1991.

Nisbet, Robert A. *Conservadurismo*. Madrid: Alianza Editorial; 1986.

Nisbet, Robert A. *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa; 1996.

Rothschild, Emma. *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press; 2001.

Schabas, Margaret. *The Natural Origins of Economics*. Chicago: Chicago University Press; 2005.

Sigot, Nathalie. *Elie Halévy's la formation du radicalisme philosophique and Bentham's utilitarianism*. History of Economic Ideas. 2001. 9(2):113-131.

St Clair, Oswald. *A Key to Ricardo*. New York. Kelly and Millman. 1957.

Tocqueville, Alexis de. *El antiguo régimen y la revolución*. Madrid: Alianza editorial; 1989.

Viner, Jacob. *Bentham and J. S. Mill: The Utilitarian Background*. American Economic Review. 1949; 361-381.

Waterman, Anthony Michael C. *Revolution, economics and religion: christian political economy, 1798-1833*. Cambridge. Cambridge University Press. 1991.

Whatmore, Richard. *Republicanism and the French Revolution: An Intellectual History of Jean-Baptiste Say's Political Economy*. Oxford University Press, 2001.

Winch, Donald. *Malthus*. London. Oxford University Press, 1987.

Winch, Donald. *Malthus versus Condorcet revisited*. *European Journal of the History of Economic Thought*. 1996. 3(1) 44-60.

Winch, Donald. *Riches and Poverty. An intellectual history of political economy in Britain 1750-1834*. Cambridge. Cambridge University Press. 1996.